

Este número de *Protrepis* invita a una reflexión especial: La filosofía, que oficialmente ha existido por más de dos mil años se ha caracterizado, a lo largo de su dilatada historia, más por la diversidad y la ruptura que por una tranquila continuidad. La posibilidad de estar ante un escenario de múltiples filosofías es, considerando lo anterior, justificable en principio. Buscar un hilo conductor que una claramente a tradiciones tan dispares como el idealismo antiguo y el moderno realismo científico es una tarea difícil. Afirmar que la filosofía moderna difiere en propósito, alcances y método de sus antecesoras parece tener mucho sentido.

En los últimos cien años se ha venido gestando un cambio de rumbo importante. La ciencia y la filosofía han entrado en un diálogo intenso, anunciado ya en las obras de Copérnico, Galileo y Giordano Bruno, dibujado apenas y por vez primera, en los textos aristotélicos. Así como hay defensores de la autonomía, e incluso de la preminencia de la filosofía sobre la ciencia, voces autorizadas han llegado a afirmar, por otra parte, que los problemas filosóficos lo son en la medida en que pueden caer dentro de la zona de influencia de la ciencia.

Movía a los primeros filósofos de la ciencia la misma intención que en su tiempo animara a Descartes. En su *Discurso del Método*, declara el francés su preocupación por la notable falta de progreso en la filosofía. Los filósofos que lo precedieron habían vuelto una y otra vez sobre los mismos problemas sin dar indicios de solucionarlos de forma siquiera parcial. Él apela a las matemáticas, en particular a la geometría como modelo de construcción de una filosofía que debía aspirar a resolver efectivamente los problemas que se le presentaran.

El cartesianismo hizo promesas que era difícil cumplir por completo, no obstante, sus aciertos fueron y siguen siendo valiosos y el legado vasto. En un rincón de ese espectro de contribuciones, ocupando un lugar discreto, se encuentra una de sus ideas más provocativas: la de la naturaleza mecánica de la conducta en animales no humanos. A pesar de la puesta en juego de los esquivos *espíritus animales* y del dualismo de sustancias que nunca pudo dar cuenta de la interacción mente-cuerpo, la descripción que hace de las acciones de los sujetos obedeciendo a una suerte de dinámica hidráulica, es notable dentro del panorama filosófico de su tiempo.

Descartes, en el *Tratado del hombre* describe su encuentro con los autómatas de los jardines del palacio de Versalles. Obra de maestros relojeros, estas máquinas, que maravillaron a los visitantes que las visitaron, eran capaces de ejecutar movimientos complicados e interactuar de una manera muy simple pero efectiva con los espectadores. Predispuesto favorablemente hacia la ciencia, como campo de expresión de la geometría en donde él se sentía cómodo, no tuvo reparo en pensar que el cuerpo del ser humano, en su accionar, era

similar a la maquinaria de los artefactos de Versalles, pero, a diferencia de ellos, animados por un alma sustancialmente diferente del cuerpo. El apelativo de *fantasma en la máquina*, que usará Ryle tres siglos después describe muy bien esta problemática dualidad.

¿Habría renunciado Descartes al dualismo extremo si hubiera conocido las máquinas prodigiosas que existieron años después? El famoso pato mecánico de Vaucanson le hubiera, quizás, reafirmado el carácter mecánico de las acciones de los animales, pero otros, como el misterioso turco ajedrecista hubiera retado su concepción no material de las facultades superiores del ser humano, tales como la inteligencia o la creatividad. No sumaremos a estas especulaciones los modernos dispositivos que exhiben las propiedades que la inteligencia artificial considera más valiosas, tales como la ponderación de alternativas y toma de decisiones en escenarios complejos, interacción con el ambiente y la disminución de los errores a partir de la evaluación de los resultados.

Las entidades de inteligencia artificial actuales han nacido ya en un contexto filosófico sensibilizado. Su evolución ha estado natural e íntimamente ligada al desarrollo de las computadoras o, mejor dicho, al cómputo como proceso, ya que la primera programadora de la historia: Ada Lovelace, describió formalmente y escribió algoritmos para la máquina analítica de Babbage, misma que nunca llegó a construirse.

Ya entrado el siglo XX, Alan Turing tocaría algunos de los problemas más representativos de la filosofía que se estaba encargando ya de la incipiente inteligencia artificial: la posibilidad de atribuirle pensamiento a las máquinas y la forma en que se construyen y aplican los criterios que les asignan adjetivos como *inteligente*, son sólo un par de ellos.

Es este el punto en que el debate se instala, los detractores y defensores usarán desde entonces argumentos que habían madurado principalmente en el ámbito de la filosofía de la mente. Intencionalidad, función y emergencia serán algunos de los conceptos que se utilicen con mayor frecuencia. En general, esta filosofía en torno a la inteligencia artificial goza de un privilegio que pocas filosofías especiales tienen: la cantidad de evidencia que se produce, paralela a la reflexión es cuantiosa y crucial. Es éste uno de los pocos espacios en que la filosofía muestra tal sentido de la oportunidad.

Sin la intención de ser simplistas y asumiendo los riesgos que implica la necesidad de generalizar, la inteligencia artificial se divide, alrededor de la década de los setentas y ochentas en dos programas de investigación bien diferenciados: El simbólico o tradicional y el subsimbólico o conexionista.

La estrategia empleada por el primer programa (simbólico) consiste en traducir a símbolos las dimensiones pertinentes del problema a resolver y, posteriormente, usar las herramientas de análisis y cálculo que habitualmente son

empleadas dentro del área de competencia de los símbolos obtenidos para, de esta forma, encontrar la solución óptima al problema. El segundo programa (subsimbólico) procede a partir de la forma en que está constituido el intérprete y solucionador del problema. Se asume que el procesamiento de la información resulta del concurso de una multitud de elementos discretos pero conectados que, por separado y de forma no simbólica, aportan su parte en la resolución de la tarea.

Ambos programas conforman el panorama actual de la inteligencia artificial y su capacidad de provocar interesantes cuestiones filosóficas sigue intacta: el problema de la conciencia, el del autoconocimiento, el de la naturaleza de la mente y sus procesos son sólo algunos ejemplos. Ya sea porque es un espacio que exhibe propiedades interesantes en sí mismo o porque es capaz de una heurística amplia, la inteligencia artificial nos depara en las próximas décadas una fuente inagotable de reflexiones. Deberíamos prepararnos, por ejemplo, para las primeras discusiones éticas que involucren seres artificiales como sujetos. La ficción literaria ya ha demostrado estar en condiciones de elaborar estos escenarios, la filosofía, por su parte, deberá seguir demostrando, al ocuparse de estos asuntos, su vigencia, pertinencia y actualidad. **P**